



La novela
de un mujik

Lon Chaney

Barbara Bedford

Ricardo Cortez



LA NOVELA METRO-GOLDWYN-MAYER

IBÉRICA, S. A.

Año III: Publicación Semanal de argumentos

Núm. de películas de

89

METRO GOLDWYN-MAYER

25

Cénts.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18551 - Barcelona

La novela de un mujik

Emocionante asunto interpretado por

Lon Chaney

Barbara Bedford

y Ricardo Cortez

Es una Producción

METRO - GOLDWYN - MAYER

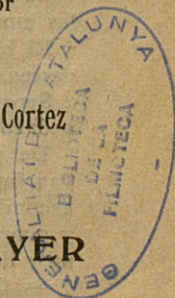
DISTRIBUIDA POR


METRO - GODLWYN - MAYER

IBÉRICA, S. A.

MALLORCA, 220 - BARCELONA

EDICION POPULAR





La novela de un Mujik

Argumento de la película

Nos hallamos en Siberia en los tiempos de la primera revolución.

Sergio era un aldeano ignorante y torpe. Pobre y solitario "mujik", sin amparo de nadie, había visto transcurrir el medio siglo de su vida entre las amarguras de la miseria.

El hambre hacía verdaderos estragos en todas partes.

Sergio caminaba a la ventura en busca de un pedazo de pan que la tierra cruel le negaba.

De pronto, cruzando un grupo de dormidos vagabundos, vió a una mujer que le hacía señas, escondida detrás de unos árboles. Era joven y guapa. Iba vestida con el traje ruso de aldeana y llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo.

—¿Qué desea?—preguntó él.

—¿Querría usted indicarme el camino de Novokursk?

—¿Novokursk?—repitió él, extrañado de aquel viaje insólito.

—Sí... Y si usted me guiase allí, yo le pagaría bien.

Sergio movió la cabeza, desconfiado. Novokursk era el centro de las operaciones de las tro-

pas del Gobierno y era peligroso ir allá.

—¡No! Hay muchos soldados en los bosques...—dijo.

—Y eso, ¿qué importa? Al lado de usted no me ocurrirá nada... Por lo pronto, si me acompaña le daré bastante comida y todo lo que necesite...

No hubiera podido pronunciar nada más seductor aquella mujer para conquistar al mujik.

La comida... que valía ahora mucho más que el dinero... mucho más...

—¡Acepto!... Podemos marchar—dijo.

Cuando estuvieron ya bastante distanciados, se detuvieron en un bosque y comieron con abundancia.

—Tiene usted que prometerme—le dijo ella—que si nos encontramos con alguien, lo que yo diga será la verdad y usted lo afirmará.

—Así lo haré... ¿Y será usted mi amiga?

—¿Qué duda cabe! No olvidaré ese servicio...

—Yo nunca tuve un amigo—murmuró el pobre hombre con gran tristeza.

Reemprendieron la marcha.

El "mujik" no osaba preguntar quién era aquella hermosa mujer que iba con él, pero en la que adivinaba una gran distinción bajo sus ropas burdas de campesina.

Al pasar por uno de los bosques, descubrieron a una pareja de soldados que se hallaba de vigilancia.

La joven parecía querer conservar el más riguroso incógnito; dió muestras de agitación y dijo:

—Por favor... dígales que soy su mujer.

—¡No tema!...

Avanzaron hacia los dos soldados y el "mu-

jik", acariciando a la mujer, dijo con una sonrisa triste:

—Es mi esposa... Dejarme pasar...

Les examinaron con atención, mas luego movieron los hombros con indiferencia, permitiéndoles que continuasen el viaje. ¡Lástima de hermosa chica para un campesino tan rudo!

Y ella sonrió dulcemente al verse libre de la observación.

Anduvieron aún bastante tiempo... Pero los pies breves y delicados de la joven sangraban, no avezados a las caminatas importantes.

—No puedo más... Siento que desfallezco—dijo.

—Vamos a escondernos en aquella casa para pasar la noche—dijo Sergio señalando un humilde hogar que se alzaba a poca distancia de ellos—. Yo conozco a la gente que vive allí.

Entraron en la casa... No vieron a un hombre que se escondía tras unos barriles de vino.

—Parece todo tranquilo—dijo ella lanzando una mirada al humilde refugio—. ¿Encuentra usted algo sospechoso?

—No...

De pronto, Sergio se detuvo al contemplar una pared y dijo con melancolía:

—Mire... señales de balas y manchas de sangre. Por aquí también habrá pasado hace poco la lucha.

—Estoy demasiado cansada para ir más lejos... No puedo más... Voy a reposar aquí.

Dejóse caer en una silla, reclinando el cuerpo contra la pared.

—¡Cuánto sufre usted! ¡Si pudiera aliviarla!—dijo Sergio.

Y, llevado de dulce pasión, le descalzó los gruesos zapatos y le deshizo la venda con que

llevaba cubiertos los pies, bañándoselos luego.

A continuación la aposentó en un banco de madera sobre el que había puesto él su gruesa pелiza y su gorra a modo de almohadón.

La joven acabó por dormirse y él, sentán dose en un rincón, veió su sueño.

¿Quién sería la desconocida? ¿A qué iría a Novokursk aquella mujer de cuerpo ondulante y rostro de princesita?

El hombre que había permanecido oculto tras los barriles presenciando las anteriores manobras salió de su escondite y, echándose a reír groseramente, presentóse ante la damita.

Ella despertó y quedó pálida por la emoción... También Sergio levantóse y contempló con ferocidad a aquel desconocido.

—¿Qué hacías aquí?—dijo el recién venido.

—Soy una inofensiva aldeana... y él es mi marido—exclamó la pobre mujer con temor.

—¿Tu marido ese hombre? Eso no es verdad... Tus manos son demasiado blancas para ser tú aldeana.

Y el bárbaro, que era uno de los jefes de las tribus revolucionarias, se lanzó sobre la mujer y la apresó entre sus membrudos brazos.

—¡Déjala, malvado!—exclamó Sergio.

—¡Cállate! ¡No tienes derecho sobre ella!

—¡Es que es mi mujer!

—¡Mientes!

Iba Sergio a arrojarle contra aquel hombre cuando abrióse la puerta y apareció una patrulla de soldados revolucionarios.

—¡Coged a ese hombre!—gritó el jefe, señalando a Sergio.

Y una pareja de soldados impidió al pobre "mujik" todo movimiento de defensa.

—¿Quién es?—dijo el jefe de la patrulla.

—Un impostor... Esa mujer dice que es una aldeana... casada con él. Pero miente. Hazle hablar a él.

—¡Es mi mujer!—rugió con energía.

—¡Regístradle!

Aquellos dos bárbaros buscaron entre sus ropas algún documento comprometedor, sin hallar nada en absoluto.

—Dime dónde has encontrado a esa muchacha... y quién es—gruñó el jefe.

—¡Es mi mujer!

—¡Canalla!

El látigo cruzó el pecho del pobre "mujik", que entre estremecimientos de dolor se obstinaba en afirmar:

—¡Es mi mujer! ¡Es mi mujer!

Y el "knut" caía una y otra vez sobre la desdichada carne del aldeano, que seguía afirmando con un valor heroico.

Y la muchacha se enternecía al contemplar el heroísmo de aquel compañero de camino que apenas la conocía y que se sacrificaba para salvarla con un espíritu sublime.

Las lágrimas rodaban por su rostro como prueba de agradecimiento.

Ya el pecho de Sergio estaba rasgado por enormes cicatrices de sangre. Sus labios manaban sangre también...

Entró de repente uno de los revolucionarios, que se había quedado vigilando en el exterior.

—¡Los soldados del Gobierno llegan!—dijo—. ¡Huyamós!

Y todos aquellos hombres que querían sembrar la libertad y comenzaban por hacer surgir el más bárbaro despotismo, huyeron a caballo.

La mujer corrió a auxiliar a Sergio, que había caído en tierra.

Al ver a alguien que se acercaba, el infeliz murmuró con voz apagada:

—¡Es mi mujer! ¡No diré otra cosa!

—¡Está bien, Sergio!... ¡Soy yo!... No temas... Ya se marcharon... ¡Qué bueno has sido para mí!

El "mujik" acabó por desvanecerse...

La dama salió de la casa y, viendo cruzar a una sección de soldados leales, llamó al jefe y le dijo:

—Coronel, traigo un mensaje para el cuartel general de Novokursk... Soy Tatiana, la condesa de Alejandrova.

—Señora...

—Las órdenes están cosidas en este delantal.

—¿Quiere usted venir con nosotros, señora?

—Sí, y les ruego atiendan a un pobre aldeano que ha sido herido por causa mía. ¡Un verdadero mártir!

Atendieron solícitamente al buen Sergio, quien, a la siguiente mañana, ya se encontraba en una cama del hospital de Novokursk, velado con todo cariño por la mujer que sentía hacia él una deuda impagable.

* * *

El cuartel general de las tropas leales había sido trasladado a la casa de Vladimir Gairoff.

Uno de los jefes preguntó una mañana:

—¿Está la condesa todavía en el hospital?

—Creo que sí...

—Pues, capitán, vaya usted allí y escolte a la condesa hasta aquí.

El capitán Dimitri, un muchacho valeroso y de noble familia, era el encargado de aquella misión. Y partió hacia ella, diligente.

La condesa había permanecido varios días sin moverse del lado de la cama del herido, que poco a poco iba restableciéndose.

Tatiana se había sentado en un despachito contiguo a las salas del hospital, a donde llegó el capitán Dimitri.

Vió a aquella mujer, la conceptuó una aldeana a juzgar por su sencillo traje, y, galante, comenzó a sonreírla, sin que ella le contestara más que con una mirada de violencia.

—¿Será posible que nos aburramos juntos aquí los dos, linda campesina?... Si es usted sordomuda, puede hablarme por señas... Entiendo mucho este lenguaje.

—¡Señor oficial, para su conocimiento le diré que soy la condesa Alejandrova!

¡Bonita plancha!

Dimitri se rehizo de su sorpresa y, saludando militarmente, exclamó:

—Perdone... condesa. Precisamente he venido a escoltarla hasta el cuartel general.

—¡Ah! ¿s usted mi acompañante?

—Sí, señorita... Y le ruego que disculpe a mis labios... que disculpe a mis ojos... pero no puedo pedirle que disculpe a mi corazón.

Ella no pudo menos de sonreírse de la galantería del oficial y, después de despedirse de Sergio, partió con su compañero hacia la casa de Gaidaroff.

Y unos días después, el buen "mujik" salía ya completamente restablecido del hospital,

Durante su dolencia, había sabido, por boca de unos enfermeros, que Tatiana era la condesa de Alejandrova, una gran dama, de esas que a él le parecían, y lo eran, de un mundo diferente.

Y ahora, apenas se encontró en la calle, el aldeano Sergio encaminó sus pasos hacia la casa donde se hospedaba aquella hermosa mujer, que había prometido ser amiga suya.

Entró tímidamente en el palacio, pero los criados no le dejaron pasar.

Iba ya a salir cuando vió a Tatiana que descendía por una escalera. Súbitamente su alma se llenó de júbilo inmenso y corrió hacia ella, después de quitarse el gorro.

—¡Señora condesa!

Ella, que llevaba un ramo de rosas en la mano, y que iba elegantísima, sorprendióse ante la presencia de aquel pobre hombre. Parecía que le chocase hablar ahora con seres de condición inferior.

—¿No se acuerda usted ya de mí, señora condesa?

Hizo un esfuerzo para sonreír, recordando lo que debía a aquel "mujik".

—¡Ya lo creo que me acuerdo de usted, Sergio!...

—¡Qué bien! ¡Ya estoy bueno otra vez!

—Lo celebro mucho, Sergio... Se portó usted como un héroe...

Sergio se atrevió a insinuar con una mueca tímida de bestia eternamente castigada:

—Me he atrevido a venir... ¿Recuerda usted que me dijo que cuando estuviéramos en Novokursk seríamos... siempre amigos?

—¡Oh, sí!...

Y aquellas palabras parecían causarle un ligero disgusto.

—Yo no sabía que usted era condesa—dijo el “mujik”—en la época en que pasaba por... mi mujer.

Sintió Tatiana nuevo disgusto al recordar aquellas escenas que ahora, vuelta a su rango de noble, creía la humillaban.

Decidida, llamó a un soldado y le dijo:

—Lleve a este hombre a Iván el portero. Que le dé comida y trabajo... Estará usted aquí muy bien, Sergio.

Y desapareció bruscamente, como si anhelara acabar aquella entrevista, que le resultaba violenta.

Sintió el “mujik” una triste desilusión. En su espíritu torpe, le pareció como si aquella alta dama le despreciase.

El matrimonio Gaidaroff se había enriquecido con negocios de contrabando de guerra.

El capitán Dimitri se había enamorado perdidamente de Tatiana, la angelical condesa, y ésta había acabado por corresponder suavemente a las delicadas atenciones de su adorador.

Eran ya novios... Llevaban ocho días de conocerse y ya el amor les había hecho esclavos, con la esclavitud de la dicha.

El pobre Sergio llegó a la portería...

Iba íntimamente disgustado por aquel recibimiento, que no esperaba...

Ivan, el portero, era un hombre de extraordinaria gordura y de malvados instintos.

—¿A quién me traes aquí?—dijo, al otro criado, viendo a Sergio detenido junto a la puerta, descubriéndose respetuosamente ante una imagen de Dios.

—Es el estúpido aldeano que ha traído a la condesa a Novokursk... Quiere que le des trabajo. Hay que colocarlo aquí.

—Bueno... bueno... ¡Adelante, amigo!

Le acogió burlonamente y luego le dió a beber un vaso de fuerte “vodka”.

—Cuenta todo lo que te ha ocurrido, hombre. Creo que fuiste una especie de héroe...

El “mujik” explicó sencillamente la historia.

—Y he venido aquí—dijo—porque la señora condesa me prometió ser su amigo...

Ivan se echó a reír con malicia...

—¡Eres un tonto!—le dijo—. ¡Soportar una paliza porque una aristócrata te haya hecho una promesa!

—Sí...

—¡Qué desdichado eres! Nos odian... no quieren saber nada de nosotros. ¡Ah!—agregó limpiándose los labios con la bocamanga—, pero las cosas cambiarán algún día... Y entonces la condesa será una simple mujer y tú un hombre libre...

El alma del “mujik” se iba llenando de aquellas palabras de rebeldía, de subversión... Pero no podía creer que la condesa le negase su amistad...

Por la ventana abierta que daba al jardín vio a la condesa Tatiana y a un oficial, Dimitri, que

se abrazaban cariñosamente, cambiándose besos. Una extraña llamarada de dolor le quemó las entrañas...

Tambaleándose, salió al exterior y se encaminó en dirección de los enamorados.

Tatiana, al verle, cesó en sus caricias y dijo, un poco disgustada, al hombre que venía a interrumpir su idilio:

—Ya he arreglado su asunto con la señora Gaidaroff. ¿No le han dado trabajo todavía?

—Sí...—dijo tristemente, envolviéndola en una mirada cariñosa...—, pero aquí sólo seré un criado... no su amigo...

Ella se echó a reír y le dijo:

—Vamos... de todas maneras, ya sabe que le estoy agradecida.

Y agregó, mirando a Dimitri, que contemplaba con cierta prevención a aquel tosco aldeano:

—Este es Sergio... el aldeano leal que me sirvió de guía.

—¿Usted es el héroe?... Me complazco en estrecharle la mano...

Y el joven le brindó su diestra, que Sergio vaciló en apretar hasta que, impulsado por una mirada de la condesa, la estrechó con cierta melancolía...

Tatiana y Dimitri se alejaron, cogidos del brazo, respirando amplia y felizmente la gloria de su amor.

Y el desdichado "mujik", que se veía de otra casta inferior, volvió a la portería, donde el grueso Ivan le echó en cara su situación.

—Ya ves...—le dijo, riendo—. El se lleva los besos y tú los latigazos. ¿Esto es justicia?

—¿Qué voy a hacer? Yo nací del pueblo... y ella...

—¡Loco! ¡El mundo cambiará!... Es preciso que lo de arriba se venga abajo y se desplome.

Y la torpe imaginación de Sergio, maleable como la blanca cera, se abrió poco a poco, influida por las teorías revolucionarias de Ivan, hacia pensamientos insospechados.

—¡Testarudo!... Algún día podrás tú tener lo que ahora tiene el oficial. Día llegará en que podrás tú llegar a ser tanto como ella...

—Y entonces... ¿seré bueno para la condesa?

—Ya lo creo que sí...

—¿Y la podré besar... como la besaba el capitán?—decía el ingenuo Sergio.

—Sí... sí...

—Pero tal vez... tal vez ella no quiera—explicó el "mujik" con un razonamiento lógico.

—Si no quiere... se la obliga, ¿sabes?... Un hombre es siempre más que una mujer...

* * *

Avanzaba la revolución. El cuartel general, con todas sus tropas, se había trasladado lejos de Novokursk.

El capitán Dimitri tuvo que marchar con sus soldados, después de una tierna despedida con la condesita.

Estaba seguro de volver pronto... Entre tanto, era preciso que ella se guardase, no saliendo de sus posesiones.

Cuando Ivan vio partir a Dimitri, le dijo a Sergio, exasperando los instintos dormidos de este hombre:

—Ya no hay ningún capitán que te estorbe... ¡Qué tonto eres si no te aprovechas ahora!

Pero el "mujik" sentía verdadera admiración

por la condesita y una timidez invencible ahogaba en su alma todo anhelo de rebeldía.

Se mantenía cumpliendo fielmente su oficio de criado y soñando con aquella problemática ventura que Ivan le prometía con firme seguridad.

Pasaron unos días.

Las cosas iban poniéndose peor.

Sin protección militar y con todas las comunicaciones cortadas, Novokursk estaba indefensa frente al gran peligro que la amenazaba, pues los revolucionarios iban acercándose a pasos agigantados, llevando por doquier la destrucción y la muerte.

Sergio seguía sus labores en la casa, y una tarde estaba limpiando un salón a tiempo que fumaba un cigarro de tabaco fuerte e intenso, cuando la señora Gaidaroff acudió a la sala y con un pulverizador comenzó a aromatizar el cargado ambiente.

—Pero ¡aquí no se puede respirar!... ¿Eres tú, con tu tabaco, grandísimo idiota?—rugió, contemplando a Sergio.

El “mujik” bajó los ojos... Siempre aquella dama le llamaba idiota. Y él sentía la ofensa de toda aquella palabra de desprecio.

Sin decir nada, echó el cigarro al suelo y lo pisó con el pie.

—Pero, ¿qué haces? ¿No ves que estás manchando la alfombra? ¡Recógelo inmediatamente, idiota!

Sergio se inclinó, cogió el cigarro y salió de allí. ¡Qué ansias de apretar la garganta de aquella mujer le venían al alma! Pero se aguantaba... Si algún día llegase la hora que anunciaba Ivan...

Volvió el “mujik” a reunirse con Ivan y otros

criados y todos se mofaron de él por tolerar que le llamasen idiota.

La situación era gravísima...

Ya los revolucionarios invadían la ciudad...

Tatiana, que había ido a dar un paseo, pudo convencerse por sus propios ojos de lo serio de la revolución.

Ante su casa fué detenida por dos sujetos de mala catadura que, revólver en mano, la despojaron de su abrigo de pieles, de su collar y de sus pendientes.

—Ya cesó vuestra hora. Ahora ha llegado la nuestra—rugió uno de los desalmados.

Ella, emocionada, no acertaba a decir palabra.

—Y ahora llévele esta nota a Gaidaroff—exclamó uno de ellos.

La condesa cogió un papel y, pálida de emoción, se dirigió hacia el palacio.

Corrió al despacho de Gaidaroff y entregó, temblando, aquella nota, después de explicar el atraco de que acababa de ser víctima.

Gaidaroff, horrorizado, leyó el mensaje:

“Señor Gaidaroff: Deje usted mil rublos para nosotros en la portería. Si no lo hace así nos apoderaremos de todo cuanto posee.”

—¡Oh, Señor... Señor... estamos perdidos! ¡Qué infortunio! — exclamó.

Daba muestras de un pánico horrible, Aquel hombre, que era un esclavo de la riqueza, consideraba la mayor desgracia del mundo que le quisieran despojar de lo suyo.

Su esposa, atraída por aquellos gritos, entró en el despacho y se enteró inmediatamente de lo sucedido.

Ella dió muestras de mayor serenidad, calman-

do a Gaidaroff, que prorrumpía en gemidos femeniles.

—¿Te vas a acobardar ante la amenaza de esos rufianes?—le gritó.

—Es que no hay tropa leal... Estamos solos y a su merced.

—Me basto para todos ellos—dijo la dama, altiva—. Si te dejas amedrentar con amenazas de esta clase pronto nos quedaremos sin un rublo.

—Me temo que vengan malos tiempos.

—No seas agorero, tonto.

Uno de los criados había escuchado la conversación desde el cuarto vecino. ¿Qué diría aquella carta?

Entró en el despacho y, saludando respetuosamente, exclamó:

—El te está servido.

Gaidaroff no quiso moverse de allí, pero su esposa le obligó a seguirle al comedor, y ya en la mesa, rugió aquella déspota, dirigiéndose al criado:

—Es usted un descuidado. Se le ha olvidado la leche.

—Es verdad... Un descuido cualquiera puede tenerlo—dijo el sirviente con cierto tono burlesco.

—Vaya a buscar la leche... y no conteste.

Salió el sirviente, pero antes de ir a la cocina pasó por el despacho del señor y recogió el mensaje que Gaidaroff se había descuidado allí.

Lo leyó y lanzó un grito de júbilo.

También él era revolucionario y deseaba el triunfo de los suyos.

Se dirigió a la cocina, donde estaban Ivan, Sergio y los otros sirvientes de la casa.

—Mirad qué papelito ha recibido el amo. Leed.

Ivan dió lectura del papel, y los comentarios fueron ardorosos.

—¿Y qué piensa hacer Gaidaroff?—dijo una doncella.

—El pensaba pagar... pero la señora dice que no.

—Pues si Gaidaroff no paga van a volar la casa con todos nosotros dentro.

—Deja que vuelen ellos solos. Esto se acaba. Vámonos de aquí.

Y la servidumbre optó por abandonar la casa, temiendo que los revolucionarios la invadiesen a sangre y fuego.

Pero Ivan no quiso seguirles. El estaba seguro de presenciar por sus propios ojos el fin de los Gaidaroff. Tampoco Sergio se movió... Algo le retenía en aquella casa donde estaba Tatiana...

Los Gaidaroff daban muestras de impaciencia ante la inusitada tardanza.

—Pero, ¿van a traer la leche o no?—rugió la esposa tocando insistentemente el timbre.

Ivan se echó a reír al escuchar la llamada.

El pobre "mujik" se levantó para ir al comedor, pero el portero le detuvo.

—Deja que llamen. Ya se cansarán de hacerlo.

—¡Oh, yo voy a ir!—dijo Sergio con una idea del deber no borrada aún de su alma.

—No vayas. ¿Es que no comprendes? Hasta ahora éramos sus sirvientes. Pero la cosa ha cambiado y no tenemos ya que obedecer a nadie.

Sergio vacilaba... La visión de un mundo nuevo en que la sociedad estuviera nivelada y él fuera tanto como sus amos acudía a su imaginación. Mas, por otra parte, tiraban de él los conceptos del deber, del cumplimiento de la estricta obligación...

Los Gaidaroff se desesperaban ante aquel silencio inaudito.

—Algo debe ocurrir abajo—dijo la señora—. Gaidaroff, ve a ver lo que pasa...

—Pero, mujer—dijo temblando aquel “valiente”—. Tú ya sabes cómo está de revolucionado el ambiente...

Tatiana guardaba silencio... Tenía el presentimiento de que algo muy grave, muy doloroso se preparaba.

Y en la portería, como el timbre no cesara de llamar, Ivan dijo a Sergio:

—Dile a esos de arriba que se callen...

—Abren la puerta...

—Si se les ocurre bajar, avísame, que yo les arreglaré.

Sergio salió hacia la escalinata para ver lo que sucedía en el piso de arriba donde estaba situado el comedor.

Vió en la meseta de la escalera al señor Gaidaroff, aquel hombre orgulloso que jamás se había dignado saludarle.

En el alma del “mujik” revivió el fuego de las ideas de protesta y miró con aire de mofa a su superior.

—¿Por qué no suben?—dijo Gaidaroff sacando fuerzas de flaqueza—. ¿Es que se han vuelto todos sordos?

Sergio se echó a reír y, envolviéndole en una profunda mirada de desprecio, le dijo:

—¡Largo de aquí, viejo tiburón!

Asustado por aquellas palabras, Gaidaroff volvió al comedor, pálido por el espanto.

—La revolución ha estallado en la escalera—dijo.

Su esposa le contempló con furor y le increpó:

Voy a enseñarte cómo se procede con estas revoluciones. Estaríamos bien aviados que nos dejásemos pisotear.

Salió al rellano y comenzó a dar grandes gritos:

—¡Sergio! ¡Sergiooo!

El “mujik” se hallaba de nuevo en la portería y vacilaba entre acudir a aquel llamamiento y mantener un silencio de protesta.

—¡Sergiooo!

Ivan gritó, mirando a su camarada con ojos excitados por el abuso del alcohol:

—¿No te he dicho que los mandarás callar?

—Es que... no puedo...

—¡Cobarde!

—¡Sergiooooo!—volvió a repetir la dama.

Esta vez Sergio se levantó y comenzó a subir lentamente la escalera. Pero Ivan, deteniéndole por un brazo, le dijo:

—¿La obedeces, cobarde? ¿Todavía le tienes miedo a esa bruja? Te dejas pisotear y pones en el suelo la cabeza para que la aplasten... Esa vieja bruja... ¡Siempre llamándote idiota... idiota... idiota!

—¡Oh, calla!

Y el furor puso en sus ojos un relámpago.

—¿Aun dudas?

Le dió un puñal, que Sergio guardó febrilmente en su bata.

—Sube... y acaba con ellos.

—Sí... déjalos de mi cuenta — rugió Sergio, exasperado por aquellos recuerdos insultantes para su dignidad.

Subió con lentitud los escalones hasta llegar al comedor.

La señora Gaidaroff había vuelto a ocupar su puesto y, al ver al criado, le dijo:

—¡Acércate! ¡Ven aquí!

El permaneció inmóvil ante la puerta, contemplando a aquellas tres personas, de un modo particular a la condesa, que le parecía divinamente exquisita.

—¡Ven aquí, idiota!—rugió la señora Gaidaroff.

La herida del odio sangró otra vez en el alma de Sergio.

—Ordena al mayordomo que suba en seguida.

La dulce mirada de la condesa le contuvo para no cometer una locura.

Le pareció que aquellos ojos negros y puros resbalaban sobre él como el roce de la seda.

Mientras cruzaba el corredor, creía percibir como martillazos la palabra insultante de la señora Gaidaroff.

—¡Idiota... Idiota!

¡El mundo de desprecios que encerraba esta palabra! ¡El cúmulo de desdenes que había en aquella sola y humillante voz!...

Las teorías sustentadas y vertidas por Ivan hablándole de libertad volvieron a su memoria.

—¡Eso ha de acabar... sí!

Volvió sobre sus pasos y entró de nuevo en el comedor.

Su expresión era tan amenazadora, que al señor Gaidaroff se le escapó, tembloroso, la cucharilla de las manos, y la señora Gaidaroff, a pesar de sus arrestos de energías, no pudo menos de considerar que aquel hombre venía en son de guerra. Unicamente Tatiana parecía conservar la serenidad, la dulce paz que envolvía su persona.

—¡Canallas! ¡Ahora me las pagarán!—gritó el "mujik".

Se levantaron los esposos, lanzando gritos de

espanto... Tatiana, con voz apacible y tranquila, gritó:

—Sergio... Por favor... ¿qué hace?

Instantáneamente se sintió desarmado. Le daba miedo esa mujer, que le imponía con una sola mirada...

Volvió a retroceder, a tiempo que exclamaba, levantando el puño:

—¿Idiota yo? Pues cuidado con los idiotas de mi calaña...

Y salió enfurecido, maldiciendo su cobardía, y dirigiéndose de nuevo a reunirse con Ivan, que acababa de destapar aquella tarde su quinta botella de alcohol.

Apenas hubo salido el "mujik", la señora Gaidaroff dijo a su marido:

—Comienzo a ver la situación grave... Teleponea a la policía.

Nadie contestaba; seguramente, la línea había sido cortada por los revolucionarios.

De pronto, les sorprendió un gran griterío y el rumor de una muchedumbre que caminaba velozmente.

Se asomaron a la ventana...

Era todo el pueblo de Novokursk que huía, presa del mayor pánico, ante la inminente persecución de los ejércitos revolucionarios que entraban en la población.

—¡Huid! ¡Ahí vienen! —dijeron al ver asomarse a los Gaidaroff.

Estos, con el egoísmo de las gentes bajas de corazón, que al llegar la hora del peligro prescinden del prójimo y desatan todos sus bárbaros

y primitivos instintos, se dirigieron a la calle, sin acordarse de la condesa Tatiana, que se vería sola entre el alud del éxodo.

Había que salvarse por encima de todo... Que cada cual se arreglara como pudiera...

Cargados con numerosos mundos y maletas, especialmente el marido, que llevaba casi todo el peso, salieron a la calle...

Vieron un automóvil que les aguardaba, pero a su lado estaba el chofer tendido en tierra con un balazo en la sién.

Horrorizados por este espectáculo, los Gaidaroff echaron a andar, perdiéndose entre la multitud, que tenía una semblanza bíblica, perseguida por una cólera sobrenatural.

La condesa Tatiana pudo huir también y llegar cerca del automóvil. Se estremeció al contemplar el cadáver del chofer. Quiso correr, perderse también entre la multitud, pero, viéndose perseguida por los revolucionarios, volvió a entrar en la casa y corrió a encerrarse en sus habitaciones superiores.

Invadieron la casa numerosos grupos de la soldadesca indisciplinada y revolucionaria.

Ivan seguía en la portería con Sergio y decía a éste, que aparecía abatido y melancólico:

—¡Animo, hombre!... Los Galdaroff están fuera... ¿No vas detrás de esa condesa todavía?... Yo no vacilaría en tu puesto. Ya nada debes temer. ¡Anda, cobarde!... Te sacrificaste por esa mujer... y ella te lo ha agradecido dándote un oficio de criado. Y a otro entrega sus besos, sus caricias... Sé hombre, quítale esos besos para ti... que bien merecidos los tienes.

El "mujik" temblaba. Los besos... las caricias... Ante él aparecía la imagen tentadora de aquella

mujer a la que ahora podía cobrar su deuda de salvarle anteriormente la vida.

—Será tuya, si quieres. ¡Ve a buscarla!

Y para animarle le dió a beber otra copa de negro brebaje, que puso en las entrañas de Sergio una fogata de pasiones.

Entró una pareja de soldados revolucionarios y abrazó a Ivan y a Sergio, celebrando el avance de sus ideales y el aniquilamiento de los que les explotaban.

—¡Hay que celebrar eso con vino, diablos!... Trae del mejor que haya en la bodega—dijo uno de ellos.

La botella que tenía Ivan estaba ya vacía; así es que dijo a los recién venidos:

—Baja conmigo a la bodega. Ahí hay un vino que es de lo mejorcito que probasteis en el mundo.

Descendieron los tres por una abertura del suelo hacia las lobregueces de la bodega.

Al verse solo, Sergio tuvo un pensamiento feroz.

Arriba estaba la condesa... ¿Por qué no quitarle ahora aquellos besos y aquellas caricias que ella daba al capitán?

No quería que nadie le estorbase en sus proyectos... Deseaba estar solo, solo con aquella mujer.

Cerró de un golpe la tapa de la bodega. Luego puso un barril lleno de vino sobre la salida. Era imposible que desde abajo pudiesen huir...

Y, libre ya de testigos inoportunos, se encaminó de un modo rápido a las habitaciones superiores.

Allí estaba el Amor.

* * *

Tatiana se decidía a escapar, espantándole el silencio de que estaba rodeada la casa, cuando escuchó cercanos y fuertes pasos.

Subía por la gran escalera el "mujik" Sergio. Horrorizada, la joven corrió a ocultarse en su habitación.

Sergio llamó insistentemente a la puerta.

—¡Abra... abra!

Tatiana vaciló por un momento; pensó en levantar una barricada de muebles ante la puerta, pero le pareció imposible que Sergio viniera con mal fin.

Y, revistiéndose de serenidad y de valor, franqueó la entrada al miserable.

Le bastó verle para comprender que dejándole el paso libre había cometido una gravísima imprudencia.

Sus ojos eran feroces; su actitud felina, sus manos temblorosas, sus labios pálidos y burlones.

—¡Sergio!—gimió—. ¿Qué quiere usted?

El se echó a reír con lúgubre acento.

—Que las cosas han variado, señora condesa... Y que ahora yo soy el dueño aquí.

—Pues... déjeme marchar. Tengo miedo, Sergio...

—No te irás... No puede venir auxilio de fuera... Quiero que me beses... como besabas al capitán...

—Sergio... ¿se ha vuelto loco? Por favor...

Pero él no la oía...

El instinto le dominaba, la proximidad de aquella hermosa mujer enardecía su carne de solitario.

Lanzóse sobre ella con una ferocidad de bestia, abarcándola con sus brazos y buscando aquella boca fresca y entreabierta de una humedad de flor.

—¡Sergio!... ¡Canalla!—gemía la pobre.

—Ya eres mía. Sí... sí... No te escaparás... Yo no quiero ser tu criado, sino tu amo... Necesito tus besos... así...

Mordía ya en la pulpa sangrienta y roja...

Ella reunió todas las fuerzas de su voluntad, hizo un supremo esfuerzo y de un tirón formidable pudo desprenderse de aquella masa de carne que la apretaba con su peso.

Abrió la puerta y huyó, dando grandes gritos, metiéndose en otra habitación. Cerrando con llave, colocó todos los muebles ante la puerta.

Rezaba mentalmente, presa de una excitación dolorosa, sintiéndose pronta a desvanecerse.

Enfurecido por habersele escapado la mujer que ya consideraba suya, el "mujik" salió por los corredores, dispuesto a buscarla aunque le costase el intento la vida.

Pero en aquel mismo momento invadieron la casa nutridos grupos de revolucionarios que, asomándose a ventanas y balcones, comenzaron a disparar contra las tropas del Gobierno, que llegaban en su persecución.

La excitación de la lucha acabó por enloquecer a Sergio, quien, sin moverse de una de las habitaciones, contempló el combate que se desarrollaba entre los dos bandos.

Pero los revolucionarios llevaban las de perder.

Las ametralladoras de los leales barrían a sus enemigos con una persistencia aterradora.

Desde su escondite, Tatiana escuchaba los ru-

mores y oraba por el triunfo de la lealtad.

Pronto los revolucionarios fueron completamente vencidos y las tropas del Gobierno invadieron el palacio.

Al frente de ellas, iba el capitán Dimitri con el sable desnudo, pensando lo que habría sido de su adorada novia.

Tatiana le oyó dar órdenes a sus tropas y reconoció su voz...

Una inmensa explosión de júbilo estalló en su alma.

—¡Dimitri!... ¡Dimitri!—exclamó.

Aquella amada voz estremeció al capitán y llamó a la puerta de donde partía la emocionante demanda.

—¡Tatiana!

En pocos momentos ella desembarazó la puerta y el capitán pudo entrar en el cuarto.

Se acariciaron con gran emoción...

La joven le besaba desesperadamente, como si no acertara a comprender aquella dulce realidad tras el brochazo de tragedia que acababa de dejar huellas en su alma.

Cesaba el combate...

Los revolucionarios, viendo perdida su causa, habían abandonado el palacio y huían desesperadamente.

Los ejércitos gubernamentales buscaban ahora a los últimos enemigos agazapados en sus posiciones... Registraban febrilmente la casa, ávidos de aniquilar a los contrarios.

Tatiana y Dimitri seguían hablando de su situación.

De pronto entraron unos soldados, llevando preso a un muchacho con el rostro ensangrentado.

—Es un revolucionario—dijeron—. Le hemos encontrado haciendo fuego desde la ventana.

Tatiana miró a su novio como preguntándole qué iban a hacer con el prisionero, pero la voz de Dimitri no se hizo esperar.

—¡Llevalle a la calle y fusíladle!—rugió.

Arrastraron al desdichado hacia fuera.

Tatiana hizo un gesto pidiendo piedad por aquel hombre joven que iba a morir.

—Lo siento—dijo el capitán—, pero no hay remedio... La ley es la ley...

Apareció otra pareja de soldados, llevando en medio a Sergio, el feroz "mujik", al que acababan de encontrar oculto en una cercana y obscura habitación, seguramente para librarse de las tropas del Gobierno. Tenía el aspecto de un feroz revolucionario.

Tatiana le miró con horror, sintiendo en su alma una tremenda sacudida. Sergio contempló con ira a aquella mujer y al capitán Dimitri...

¡Ah, cómo habían acabado sus sueños! Seguramente iban a fusilarle como castigo a su sublevación.

—Aquí está otro—dijo un soldado—. ¿Le llevaremos a la calle también para fusilarle?

Sergio tembló como sacudido por una corriente eléctrica.

Reconoció el capitán Dimitri al "mujik" que había acompañado a Novokursk a la condesa y preguntó a ésta, con voz tranquila y fría:

—¿Te fué leal ese hombre?

Vaciló la mujer. Tuvo que aguantar dos lágrimas que pretendían escapar de sus ojos... Miró al "mujik", que la contemplaba acobardado, pendiente de aquellas palabras, que serían su sentencia de muerte.

¿Leal aquel hombre? Por la imaginación de Tatiana pasó el recuerdo de la escena anterior, el contacto áspero de aquellos labios hombrunos que ya manchaban su roja boca de mujer.

¡Ah, que muriese!... Justo castigo... Mas, cuando iba a confesar toda la verdad, se fijó en el pecho del miserable que al ardor de la lucha había dejado a ldescubierto.

Aquellas cicatrices de la piel recordaron a Tatiana el sacrificio de aquel hombre durante la noche trágica en la casita del bosque, obstinación heroica del pobre "mujik" no confesando la verdad para salvar la vida de al condesa.

Y ese recuerdo la enterneció...

¡No, no le condenaría!... ¡Vida por vida!... ¡La deuda estaba pagada!

—¡Sí, me ha sido leal! — respondió, serenamente.

Sergio la contempló con admiración, incrédulo, como si no hubiese oído bien.

—¿De veras?—preguntó el capitán.

—Sí, el fué el único que se quedó para protegerme—respondió con apagada voz.

—Bravo, Sergio... Entonces, quédate aquí, para que sigas protegiéndola.

Ordenó a los soldados que le dejaran libre...

La emoción de Sergio era indescriptible... Hubiera querido caer de rodillas ante aquella mujer y besar la tierra que ella pisaba. ¡Oh, criatura santa! ¡Darle el bien en pago de aquel mal que acababa de hacerle!

Dimitri besó a su amada, y luego dijo:

—Tengo que seguir adelante con mis soldados, pero dejaré dos abajo.. Apagad las luces, así estaremos más seguros...

Partió después de sonreír a la dulce novia... y al leal "mujik"...

La joven le vió alejarse sin pestañar... Volvía a quedar sola con su terrible conquistador...

Pero Sergio ya no era el mismo... La emoción había roto su alma y contemplaba maravillado a aquella tierna mujer que le había dado la vida con aquellas palabras de bondad.

—¿Por qué me salvó usted?—murmuró débilmente.

Ella le contempló fijamente y repuso:

—No tenemos nada que hablar de ese asunto...

—¡Oh, señora condesa!—dijo él, con lágrimas en los ojos y cayendo a sus plantas—. ¡Perdón... perdón!...

—Haga el favor de irse abajo...

Sergio se levantó. Arrastrábase penosamente, bajo un doloroso sufrimiento... Su voz iba repitiendo como una salmodia:

—¡Es una santa!... ¡Es una santa!...

Ivan y los dos revolucionarios que estaban encerrados en la bodega, pudieron escapar de ella, gracias a que el barril que les impedía levantar la tapa, se había vaciado a consecuencia de unos disparos que cayeron sobre él.

Libre ya la salida, avanzaron de puntillas por la escalera, y al ver a los dos soldados que había dejado allí Dimitri, cayeron sobre ellos y les dieron muerte en pocos instantes.

En aquel momento apareció Sergio.

Ivan le contempló con una mirada de odio... ¡Ah, el canalla! ¿Por llpé les había encerrado? Bien lo comprendía él de todos modos...

Había querido estar solo con la condesa, ¿verdad?... ¡Diablo!, no había derecho a usar de tales procedimientos para que no se estorbare.

El malvado Ivan sintió celos y el deseo bárbaro de besar a Tatiana, como lo había hecho aquel miserable "mujik", al que consideraba ahora muy inferior a él.

—¿Dónde está la condesa?—rugió.

—¡No trates de tocarla siquieral—dijo Sergio con ferocidad.

—Subiré por ella... Esa mujer es de todos...

—¡No!

—¡Atrás!

Avanzó por la escalera, puñal en mano, mientras Sergio iba retrocediendo, dispuesto a guardar la habitación donde estaba encerrada Tatiana.

Sí, se avergonzaba de su conducta... Quería lavar con su sacrificio la tremenda ofensa.

Le habían confiado la custodia de Tatiana... y la defendería hasta morir.

Los dos hombres, ya cerca de la puerta donde estaba la condesa, lanzáronse uno contra otro, con una ferocidad cruel, salvaje...

—¡No entrarás... pasarás antes sobre mi cuerpo!—gritaba Sergio.

—La quiero para mí...

Pronto el puñal de Sergio dió buena cuenta del miserable Ivan, al que envió al infierno en pocos momentos.

Pero tuvo que luchar contra los dos revolucionarios, lobos de pasión que olían la proximidad de la carne femenil.

Lucha trágica, horrenda...

Sergio abatió a uno de ellos; pero tuvo que luchar ferozmente con el otro que le llevaba ven-

taja y le desgarraba el cuello con sus cortantes uñas...

Tatiana, atemorizada, escuchaba el rumor de la pelea...

Mas, por fin, desangrándose por los cuatro costados, Sergio resultó vencedor. El miserable quedaba convertido en una sangrienta piltrafa.

Y el pobre "mujik", que había reivindicado su conducta con aquel derroche de valor, entró en la estancia donde estaba Tatiana y le murmuró, a tiempo que caía casi sin conocimiento:

—Ya no debe tener miedo, señora condesa... He cumplido con mi deber...

Una hora después abrió los ojos.

Ante él estaban Tatiana y el capitán Dimitri que había vuelto a la casa después de un reconocimiento por la ciudad.

—¡Pobre Sergiol—murmuró ella con dulzura y sin el menor asomo de rencor por aquel hombre que tan generosamente se había dignificado.

—¡Señora condesa!—dijo Sergio, «con lágrimas en los ojos—. Me lo perdona usted todo, ¿verdad?

—Sí... Sergio... hemos mandado ahora a buscar al médico... Usted curará...

—Y si curo, ¿no me sacará usted de la casa?

Ella le acarició con bondad...

—Tú estarás con nosotros toda la vida, Sergio... Eres un verdadero héroe...

Y al propio tiempo abrazó y besó al capitán Dimitri, y Sergio sintió en su alma la alegría del perdón; y olvidando por entero las bajas pasiones que le habían corroído, se juró ser siempre para aquella mujer, a la que debía la vida, un esclavo leal.

F I N

Formidable éxito de la publicación semanal
de novelas modernas

La novela del chofer

Números publicados:

La amiguita del chofer

asunto de FANCOMAR

Por qué se mató mi novia

por E. BLANCO

Martes próximo:

Mi aventura de Paris

Boceto de gran novela por
FRANCISCO MARIO BISTAGNE

y

ANDRÉS BAYÓN

Precio 30 céntimos

[B.]